

medio vicioso con conocimiento de serlo en sí; pero mirándolo como necesario en las circunstancias del momento, y capaz de reforma después de él, cuando logrado por su medio el primer establecimiento deseado, su misma utilidad hubiese inspirado confianza en los particulares; entonces, tomando el gusto á las ventajas, y convencidos por ellas de la utilidad que les resultaba de la circulación de los caudales, los mismos que los escaseaban ahora, serían los primeros que solicitasen la reforma de todos los artículos capaces de poner obstáculos contra ella, como lo es la posibilidad de reducir las acciones á Mayorazgos.

Lo mismo digo del artículo de las contratas hechas con el Gobierno. Conociendo éste la utilidad del plano, igualmente que la dificultad de juntar en España el caudal necesario para él, quisieron facilitar al Banco todos los auxilios, y así le dieron la extracción de la plata y los asientos. Claro está que no fué tanto el ánimo del Gobierno economizar en ellos, como el darle al Banco una suma cierta de un 10 por 100 con que pudiese contar para su establecimiento, ínterin éste se consolidaba, y la nación tomaba confianza en él. Entonces estos defectos premeditados se hubieran corregido, y la circulación total y la independencia necesaria para establecer sólidamente la confianza del Banco

le hubieran perfeccionado con grande utilidad del reino. Así lo pensé y dije en Lisboa desde luego que ví la Cédula, y el mismo Cabarrús me confirmó en París no habían tenido otras razones ni miras aquellas providencias. Si los Establecimientos pudieran ser perfectos desde luego, se ganaría sin duda mucho terreno; pero el no acomodarse en su origen á la situación del país, sacando utilidad para el fin aun de la temporización de sus mismas preocupaciones y defectos, para empeñar más á todos á recibirlos con confianza y gusto, y á contribuir á él, lo pierde todo sin remedio. Cabarrús no olvidó, ni debía ciertamente olvidarse á sí mismo en estas operaciones y en las que sabía debía proporcionarle el alta y baja de las acciones que podía dirigir más libremente en un país en que se ignoraba este corretaje, tan común en Londres, Holanda y París. Yo no entraré en el examen escrupuloso de su conducta en esta parte, que creo sea tan regular para los que están acostumbrados á este giro de acciones no conocido, como mal visto en España. Me contentaré sólo con decir que no obstante que el nuevo Ministro, Conde de Lerena, ha procurado desacreditarle por personalidades y ha hecho perder sumas considerables al Banco por esta razón en las especulaciones mal dirigidas por él mismo, subsiste aún con crédito, y que los billetes Rea-

les establecidos también con 4 por 100 de interés por dirección del mismo Cabarrús, no se hallan sin pagar hasta un medio por 100. Tanta es la confianza que hay en ellos.

No olvidaba el Rey, en medio de los graves cuidados de la guerra, los demás ramos de su Gobierno. Había establecido antes de emprenderla el libre comercio de América, con el cual abrió á todos sus vasallos las puertas de aquel gran continente, dando campo á sus especulaciones é industrias, y concediéndoles á este fin varios privilegios capaces de fomentarla en perjuicio de la de los extranjeros, como se ha reconocido desde entonces. Estos privilegios podrán verse en la Cédula de instrucción de S. M. expedida á este fin.

Mandó también S. M. construir, durante la guerra, el célebre camino del Puerto del Rey, que divide las Castillas de Andalucía, y el de la Cadena, que está entre Murcia y Cartagena, fomentando al mismo tiempo las obras de los canales de Lorca y Aragón, de que se ha hablado arriba. En el Puerto de la Cadena se puso esta inscripción: *Tempore belli.*

Mientras que los españoles se ocupaban en las expediciones dichas, continuaban por otra parte las suyas con suceso los franceses y americanos.

El Barón de Roullecourt intentó una expedi-

ción el 5 de Enero contra la isla de Jersey, donde logró desembarcar felizmente y empezar á establecerse; pero fué rechazado poco tiempo después, no quedando otra cosa de esta desgraciada expedición que la memoria de la muerte del Barón, de las desgracias inútiles que resultaron de ella y la del triunfo de los ingleses, que, en memoria de ella, hicieron poner una pirámide en el mismo paraje que la habían conseguido, con la inscripción siguiente:

«Aquí yace el Barón de Rullecourt, oficial
»francés, que en la noche del 6 de Enero de 81
»atacó esta isla, á la cabeza de 1.200 hombres,
»sorprendiendo y haciendo prisioneros al Go-
»bernador y á los Magistrados. Por fortuna, al
»amanecer del día siguiente la guarnición y la
»milicia del país, mandadas por el valeroso ma-
»yor Pierson, que fué víctima de su valor, ata-
»caron á los franceses, los deshicieron é hicie-
»ron prisioneros, y recobraron su libertad el
»Gobernador y los Magistrados, habiendo pere-
»cido en el combate el Barón de Rullecourt.
»Esta pirámide no es tanto un monumento eri-
»gido á la memoria de un enemigo, cuanto (¡oh,
»Jersey!) un recuerdo para que vosotros y vues-
»tros hijos viváis con más vigilancia en lo suce-
»sivo para vuestra seguridad.»

El Almirante Kempenfeld avistó el 12 de Diciembre la escuadra de Guichen, que protegía

un convoy, del cual pudo apresar 15 buques cargados de tropas y municiones, y á no haber sido por el Marqués de Vaudreuil, que, no obstante lo fuerte del temporal, en medio del cual se hizo esta presa, pudo cubrir algo del convoy, hubiera sido mucho mayor la pérdida. La inferioridad de las fuerzas del Almirante francés le precisó á evitar el combate. El Almirante Rodney intentó tomar la isla de San Vicente; pero Mr. de Montel, su comandante, la defendió con solos 700 hombres contra 4.000 que llevaban los ingleses para el desembarco.

Fueron éstos más dichosos contra los holandeses en la toma de San Eustaquio, de que se apoderaron, facilitándoles esta conquista la de las islas holandesas de San Martín y de Saba, y de la pequeña francesa de San Bartolomé, haciéndose igualmente dueños de las dos colonias de Emerari y Esequivo, que los holandeses tenían en el continente de la América. El Almirante Rodney, glorioso de su victoria, se apresuró en enviar á Europa los ricos despojos de ella, á bordo de 32 navíos de transporte, escoltados por cuatro de guerra. No era ciertamente el ánimo del Almirante inglés el hacer este regalo á los franceses; pero el día 2 de Mayo encontraron cruzando sobre las Sorlingas seis navíos de línea franceses y cuatro fragatas, á las órdenes de Mr. de La Motte-Piquet. Luego que

los descubrió el comodoro inglés, hizo señal al convoy de salvarse como pudiese, reconocida la inferioridad de sus fuerzas, y cayeron en poder de los franceses 26 de los 32 buques del convoy.

La escuadra de Mr. de Grasse, compuesta de 25 navíos de línea, se encontró el 18 de Abril, entre Santa Lucía y Martinica, con la del Almirante Hood, compuesta sólo de 18. No obstante esto, se empeñaron ambas en un combate que no fué ni decisivo ni muy reñido, ni impidió que Mr. de Bouillé se hiciese dueño en el mes de Mayo de la isla de Tabago.

Una escuadra francesa, á las órdenes de M. Destouches, se dirigía á efectuar un desembarco de tropas sobre la costa de Norfolk; pero el Almirante Arbuthnot lo impidió, empeñando un combate muy reñido entre ambas escuadras, que obligó á los franceses á retirarse en buen orden á Rhod-Island, aumentadas sus fuerzas con el navío inglés el *Romulus*, de 40 cañones, que habían apresado el día antes.

El Conde de Grasse empeñó el día 5 otro combate en las alturas de la bahía de Chesapeak contra las escuadras reunidas de los dos Almirantes Hood y Graves, compuestas de 20 navíos de línea y nueve fragatas ó corbetas, constando la suya de 24 navíos y dos fragatas. El combate fué sumamente reñido, y, por las relaciones de los mismos oficiales ingleses, padecieron tanto

los cinco navíos del centro, que se vieron precisados después á quemar el *Terrible*, por haber quedado enteramente inútil. Los ingleses se retiraron, dejando á los franceses efectuar su unión el día 11 en el cabo Henry con la escuadra del Conde de Barrás, que había llegado allí el día antes.

De todas las acciones de esta campaña, la más brillante, dichosa y de consecuencia fué la toma de Yorktown. El ejército que mandaba el Conde de Rochambeau, y cuyas primeras brigadas dirigían Mr. de Viomenil, mi amigo, y el caballero de Chatellux, hicieron 260 leguas, y llegaron á Filadelfia el día 3 de Septiembre.

El 19 llegó á Williamsbourg la vanguardia del ejército, mandada por el Conde de Custine. El Barón de Viomenil y sus tropas pasaron á bordo de dos fragatas que había enviado el Conde de Grasse á Baltimore. Los generales Washington, Rochambeau y Chatellux se habían adelantado por tierra á marchas forzadas de á 60 millas por día. Llegaron el 14, y encontraron al Conde de San Simón (grande de España) y al Marqués de la Fayeta apostados ventajosamente. El 24 se halló reunido todo el ejército en Williamsbourg. Los generales habían tenido el 18 Consejo de guerra á bordo del navío *La ville de Paris*, que mandaba el Conde de Grasse, para combinar las operaciones de mar

y tierra. En consecuencia de lo convenido, desamparó Grasse el anclaje de Linhaven, y pasó á acoderarse en la desembocadura de Mill-Ground y de Horse-Shoe, posición ventajosa para impedir que el Almirante Gravès intentase socorrer al lord Cornwallis para acelerar las operaciones del sitio y facilitar y cubrir los transportes de munición, á cuyo fin hizo acoderar igualmente otros tres navíos en la entrada del río James.

El 28 embistió el ejército americano la plaza de Yorktown, y la estrechó tanto por todas partes, que las tropas inglesas, que tenían que defender muchos puestos, creyendo no poderlo hacer sin debilitarse demasiado, los abandonaron para reunirse en fuerza á defender el cuerpo de la plaza. Por otra parte, el Duque de Lauzun atacó con tanta fuerza al Coronel Tarleton en Gloucester, que le obligó á retirarse á esta plaza. El Conde de San Simón se distinguió también en otro ataque particular, en que obligó á los ingleses á retirarse. La trinchera se abrió el 3 de Octubre, y el 19 capituló el lord Cornwallis, que mandaba en ella, y salió con su guarnición á las dos de aquella tarde con todos los honores de la guerra. La armada aliada hizo prisioneros 6.000 hombres de tropa reglada, 1.500 marineros, 160 cañones de todos calibres, ocho morteros, 40 bastimentos, y con ellos uno

de 50 cañones, 20 navíos de transporte, y entre ellos la fragata *Guadalupe*, de 24 cañones. Los ingleses perdieron al pie de 150 hombres, y tuvieron unos 400 heridos, y los combinados sólo 70 de los primeros y 200 de los segundos.

Puede decirse que esta gran pérdida fué la que consolidó la independencia de los americanos, y la que hizo ver á los ingleses que la desgracia de Saratoga podría repetirse con frecuencia. El ejército inglés no logró restituirse á Europa, como lo solicitó su General, y se distribuyó en las diferentes provincias de América hasta que pudiesen ser cambiados.

El General Green, americano, logró otra victoria completa el 9 de Septiembre contra los ingleses en Eutaw-Springs (el nacimiento de Eutaw), en que se proponían establecerse. Los atacó Green con toda su fuerza, socorrido por las milicias de la Virginia y del Mariland, y quedaron victoriosos, con pérdida de unos 500 hombres entre muertos y heridos; pero la pérdida de los ingleses fué, á lo menos, doble. Les tomaron más de 600 prisioneros, y, sin una casa de ladrillo, en que apostados ventajosamente pudieron cubrir algo la retirada, hubiera caído toda la tropa inglesa en poder de los americanos, y se hubiera visto bien presto la tercera escena de la desgraciada aventura de Saratoga.

El Marqués de Bouillé desembarcó en la isla

de San Eustaquio la noche del 25 de Noviembre; pero, por error de los pilotos que dirigían las falúas del desembarco, perecieron muchas de ellas contra la costa, siendo del número la del General Bouillé, que pudo salvarse afortunadamente. A vista de este estado, y de la imposibilidad en que se hallaban las fragatas de socorrerlos por haber derivado demasiado, conoció aquel General atrevido no le quedaba otro recurso que vencer ó morir. Atacó, pues, á la punta del día, y sorprendió la tropa, que estaba haciendo el ejercicio sobre el glasis, y entrándose, mezclado con ella, en el fuerte, hizo levantar su puente levadizo, y con menos de 400 hombres puso en consternación toda la guarnición, compuesta de 700 hombres, y obligó á rendirse á su Gobernador, Coekburn, que, yendo tranquilamente al ejercicio, se vió improvisadamente detenido y atacado espada en mano por el caballero O'Connor, capitán de cazadores del regimiento de Walsh. El Marqués de Bouillé obligó al Gobernador á restituir á los holandeses dos millones que les pertenecían y que tenía en depósito en su casa, ínterin llegaba la decisión de la Corte de Londres. Destacó á San Martín al Vizconde de Damas, que se apoderó de aquella isla.

Las repetidas desgracias de la campaña de 81, que quedan detalladas arriba, prestaron

gran materia en el Parlamento de Inglaterra á la elocuencia de los oradores de ambos partidos y á esforzar las acusaciones contra los Ministros, sobre todo contra Mylord North, que había sido el principal móvil y apoyo de la guerra de América. Pero mientras los ingleses ejercitaban su elocuencia, continuaban los franceses atacando sus islas de América. Deseaba, é intentó el Conde de Grasse, apoderarse de la Barbada; pero tuvo que desistir de esta empresa y dirigir sus fuerzas contra la isla de San Cristóbal, donde ancló el 11 de Enero de 82 en la rada de Baseterre. Los ingleses evacuaron la ciudad, que se rindió inmediatamente, retirándose el Mayor General Fraser, con los 800 hombres que tenía á sus órdenes, al fuerte de Brimstone-hill. Abrieron los franceses la trinchera el día 17, y el 24 por la mañana señalaron los vigías la escuadra del Almirante Hood, compuesta de 20 navíos de línea y algunos transportes, en que venía la tropa de desembarco para socorrer la isla. El Conde de Grasse, que estaba anclado en Baseterre, se hizo luego á la vela para ir á atacar al enemigo. Este manióbró tan bien, que, á pesar de un ataque que tuvo el 25 y dos el 26, logró acercarse á la isla, y echando el áncora en la punta de Salinas, se apoderó del mismo puesto que había abandonado la escuadra de Grasse, acoderándose en

aquella posición á vista del Almirante francés, que tuvo que mantenerse cruzando á la vela ínterin Hood concluía su expedición. Logró éste desembarcar 1.300 hombres, que fueron rechazados por los franceses, igualmente que las chalupas que la noche del 29 intentaron socorrer por otra parte el fuerte sitiado. Su Gobernador, animado igualmente que la guarnición á la vista de la escuadra inglesa, rehusó rendirse, no obstante de hallarse sitiado por 6.000 hombres, y resistió con tenacidad, hasta que, apoderándose los franceses el 31 de un rico almacén de artillería, y habiéndoles quemado otro lleno de víveres y municiones de toda especie, se rindieron finalmente el 12 de Febrero, saliendo la guarnición por la brecha y con todos los honores militares, bien que quedando prisionera de guerra. Por el artículo 17 de la capitulación, declara M. de Bouillé no deberse considerar como prisioneros los Generales ingleses Shirley y Fraser por el valor y conducta que habían acreditado.

Siguióse á esta toma la de la isla de las Nieves y la de Monserrate, que capituló el 22 de Febrero. Por el artículo 9.º de las capitulaciones, se obligaron los habitantes á pagar dos mil monedas en el término de un año después de la toma de la isla.

Parecía que la peligrosa posición en que ha-

bía colocado Hood su escuadra, acoderándola para resistir á un ataque, ofrecía una ventaja á las fuerzas superiores que mandaba el Conde de Grasse; pero viendo el Almirante Hood que éste había anclado en la isla de las Nieves, aprovechó la noche siguiente á la rendición del fuerte de Brimstone-hill, se hizo á la vela sin tener que cortar los cables, como era de temer en aquella posición, y llegó felizmente á Santa Lucía, donde poco después se le reunió la escuadra del Almirante Rodney, dejando burlado al Conde de Grasse, que, según muchos, hubiera podido, y aun debido, impedir esta impune retirada, de que dijo con gracia el Marqués de Bouillé, cuando lo supo, *no estaba comprendida en la capitulación del fuerte*. Así hubiera impedido la importante reunión de las dos escuadras, ó, cuando no, hubiera debilitado su fuerza.

Efectuada, pues, por esta falta, se componía ya la escuadra inglesa de 38 buques de guerra, á las órdenes del Almirante Rodney, mientras la del Conde de Grasse constaba sólo de 30. Esperaba ésta en el puerto real el momento favorable para pasar á Santo Domingo, donde debía efectuarse su reunión con la escuadra española, á las órdenes de D. Josef Solano, y así hubiera llegado la escuadra combinada en aquellos mares á 70 navíos, nunca vistos hasta entonces en ellos. Constaba la escuadra de Grasse

de 38 navíos, de los cuales nueve se hallaban separados de ella, por lo que sólo salió con 29 de la Martinica el día 9 de Abril de 82, dirigiendo su rumbo á Santo Domingo. Avisado el Almirante Rodney por la fragata *Andrómaca*, se hizo inmediatamente á la vela, y, al romper el día, se avistaron ya las dos escuadras. Aunque el Conde de Grasse excusó cuanto pudo el combate, como debía, la vanguardia inglesa, mandada por el Almirante Hood, empenó la acción y se maltrataron mucho las dos escuadras. Costó no poco á Grasse reunir la suya y hacer pasar el convoy, bajo la escolta de los dos navíos el *Sagitario* y el *Experiment*. El navío el *Caton* había quedado muy atrasado; pero Grasse, conociendo la peligrosa situación en que se hallaba, y que su único objeto era salvar la escuadra y el convoy y reunirla á las fuerzas españolas en Santo Domingo, para poder obrar después con todo vigor en la Jamaica, como se había proyectado, hizo toda fuerza de vela, de modo que aunque Rodney hizo señal de caza general á su escuadra, ésta no la hubiera alcanzado sin una imprudencia del General francés.

El navío *Zelé* abordó *La ville de Paris* la noche del 11 al 12, y quedó tan maltratado del choque, que no podía seguir la marcha de los otros, y parecía inevitable cayese en poder de los ingleses. En vez de remolcarlo, y aun de abando-

narlo en caso preciso, atendiendo á que exponía la escuadra entera por salvar un solo buque, mandó hacer un movimiento retrógrado á la armada, que no podía alcanzar toda la diligencia de Rodney, por lo favorable que le era el viento. Este error le empeñó á Grasse indiscretamente en un combate con fuerzas muy superiores, que frustró todos los preparativos combinados contra la Jamaica, con cuya toma (aunque más costosa y difícil entonces que al principio de la guerra, en que estaba desprovista de todo) se hubiera dado enteramente la ley á la Inglaterra, y hubiera cedido Gibraltar y cuanto se hubiera querido. El Conde de Grasse no estaba querido de su oficialidad, y el miedo de su crítica en caso de abandonar el navío *Zélé*, le hizo empeñarse en salvarle; pero con su conducta dió más justos motivos de que se le vituperase. Esto hace ver cuán preciso es á un General tener el concepto y la estimación de los que manda, para poderlo hacer con libertad y ser obedecido con confianza.

El combate fué de los más reñidos que se han visto, y habiendo logrado los ingleses romper la línea de batalla enemiga (que es su operación favorita) se convirtió en varios combates particulares por pelotones, de que resultó un destrozo recíproco grandísimo. *El Glorioso*, *El Ardiente*, *El Hector* y *El César* cayeron en poder del

enemigo, y después de once horas y media de combate contra cuatro y seis navíos á un tiempo, se vió precisado á hacer lo mismo el navío almirante *La Ville de Paris*, de 110 cañones.

Según la relación de los muertos, dada por el Marqués de Vaudreuil, hubo 1.100, sin contar los de los navíos tomados ó separados de la escuadra, entre los cuales se hallaba la división de Mr. de Bougainville, que después del combate se había retirado á San Eustaquio á reparar sus averías. El Marqués de Vaudreuil, mi amigo, cuyos méritos, virtud y valor son bien conocidos, recogió los restos de la escuadra, y entró con 19 navíos en Santo Domingo. Los navíos *El Caton*, *El Jason* y la fragata *Aimable*, que, sin saber nada de lo que se pasaba, venían desde la Guadalupe á Santo Domingo, se rindieron el 19 al Contraalmirante Hood, que había quedado cruzando en aquellos mares. Fueron, pues, en todo siete navíos y una fragata los que tomaron los ingleses; pero algunos de ellos, y entre otros *La Ville de Paris*, quedaron tan mal tratados, que no pudieron llegar á Inglaterra, donde hubiera sido un motivo de gozo el ver llegar á Porsmouth la villa entera de París, rival de la de Londres. En vez de ella, tuvieron el gusto de ver allí al Almirante que la mandaba, á quien obsequiaron como lo merecía el servicio que les había hecho por su imprudencia.

El Marqués de Vaudreuil se dirigió á la América Septentrional, limpió de enemigos la bahía de Hudson, y restableció en ella todas las factorías de los franceses.

Frustrada la grande expedición de la Jamaica por la imprudencia del Conde de Grasse, se contentaron los españoles con la toma de la isla de la Providencia, una de las Lucayas; pero los enemigos tomaron 15 de los 30 navíos de transporte en que se conducían á la Habana los prisioneros y efectos tomados en ella. Puede decirse que este desgraciado combate de Grasse fué la última operación decisiva de esta guerra.

El general Elliot, cansado ya después de tres años de bloqueo de la gloria pasiva que le resultaba de él, é instruído por algunos desertores del estado en que se hallaban las trincheras enemigas, determinó hacer sobre ellas una salida vigorosa la noche del 26 al 27 de Noviembre de 1781. Destacó, pues, dos regimientos y ocho compañías de granaderos, divididas en tres columnas, á las órdenes del Brigadier General Ross. La primera formaba la vanguardia, en que había una partida de peones y otra de artilleros; la segunda formaba un cuerpo de apoyo, y la tercera la retaguardia ó cuerpo de reserva. Atacaron las baterías que estaban hacia la puerta de tierra, en que no hallaron ni la gente ni la resistencia que debieran, porque al cabo de tres

años no es extraño que la costumbre hiciese mirar como abandonada la idea de una salida. Sorprendidos, pues, los españoles, en menos de media hora quemaron los ingleses tres baterías de á seis cañones, dos de á 10 morteros, y clavaron seis de éstos y 28 de aquéllos. Los ingleses tuvieron 10 muertos y 43 heridos, y un voluntario de Aragón pudo hacer prisionero un soldado inglés, que fué el único que hubo; pero los ingleses lograron llevarse 60. Declaró el inglés que el que había dado las noticias del estado de las trincheras y dirigido la marcha de las columnas en la salida, había sido un cabo de escuadra de guardias walonas que desertó dos días antes de la plaza. El Comandante de la línea española merecía sin duda un ejemplar castigo, pues si hubiera estado con vigilancia y observado las órdenes que para este caso tenía dadas el General D. Martín Alvarez, los ingleses hubieran vuelto escarmentados y en corto número á la plaza, y aun hubiera podido inducirseles á una salida, por medio de falsos informes, para escarmentarlos, ó acaso para hacer una intentona en la plaza, verificando sobre ellos la sorpresa. No dejé yo de escribirlo bien clara y eficazmente á la Corte en uno de mis despachos, en que dí cuenta de la conversación que había tenido en Lisboa con el mismo Ross, que había mandado la salida, instruyéndome